

GLOSA XXIV

LA CUEVA DE MONTESINOS

LEGA un momento en nuestra vida en que todo hombre siente cansancio; el cansancio es el mal de los caminos largos, empinados, difíciles. Es un mal que sobreviene en cualquier parte y a cualquier hora, pero que fatalmente sobreviene siempre al caminante, sea en la mañana o al mediodía, en la cumbre o en el descenso, en la vigilia o durante el sueño. Todo hombre tiene experiencia de este mal, de este agotamiento, de este deseo de echarse a la vera, del camino, sea para dormir como cualquier animal, sea para soñar. Y claro está, si el camino o los caminos cruzan su red en la mitad de nuestras propias vidas, ésta se convierte en esa visión monótona e inexorable de las paralelas huyendo hacia adelante, siempre adelante, como dos puñales clavados en el horizonte, del cual fluye hecha sangre nuestra esperanza y en el cual confluye el torrente precipitado de nuestro existir, —nuestras vidas son esos caminos que van a dar en el infinito, que es el morir—. En este caso el cansancio es más hondo, el deseo de reposo más inaplazable y urgido por todo nuestro ser; se siente uno aniquilado, deshecho, como un tronco al que los soles y los días hubiesen arrebatado hasta la última hoja o como la barquilla gongorina arrinconada en el arrecife, rotas sus velas y abatidos sus mástiles. Se hace necesario el reposo, porque al cabo, en este páramo del vivir, en esta aventura que se corre sin parar, si la vida no se detiene, ya que su agujón no la deja y su ley la constriñe a un estado de vigilancia permanente, en permanente movilidad, debe detenerse, debe ceder, si quiera por unos instantes, esa hórrida visión de la reali-

dad en torno que se alza imparable, sin entrañas ante nuestro paso, para configurarlo todo dentro de una necesidad fatídica que no sabe contemporizar con nuestros proyectos, con nuestros ideales, con las aspiraciones que brotan del fondo de nuestra espiritualidad en los momentos en que esta se libera y se manifiesta espontánea y original.

Cuando esta hora llega, no importa donde estemos, llega para nosotros un momento precioso, que es como una ráfaga divina que al soplar sobre nuestras cabezas disipa la nube torva de la melancolía y deja ver la visión reconfortante que, como el sueño de Job, suele manifestarse a la vera de los caminos y en la mitad de la noche sombreada de estrellas.

Todos tenemos nuestra cueva de Montesinos donde, después de pasar por un profundo sueño, estando los ojos bien despiertos, vemos y oímos lo que deseamos ver y oír; o mejor dicho, en ella vemos y oímos, algo así como en cifra y compendio, el desarrollo total de nuestra vida, de acuerdo con nuestros más sinceros deseos, con nuestros más nobles propósitos. A esto llaman algunos soñar despierto; pero no todo es un puro soñar, una mera elaboración de imágenes, de ideas desprovistas de orden y fundamentación real. En nuestra cueva de Montesinos nos recogemos a dialogar con ciertas realidades impalpables, pero no simplemente simbólicas, que son realidades de un orden superior, reflejos o irisaciones del porvenir, por medio de las cuales nos es dado degustar, prever, presentir horas y días de felicidad suprema, momentos de culminación y plenitud. Los libros sagrados están llenos de estos casos, mostrándose a menudo en forma de visión los días plenos, los tiempos de plenitud en los cuales destilarán miel los collados y se realizarán los anhelos milenarios. Es así como se da en la vida real esa sensación de lo ya visto o vivido, fenómeno que con ser innegable aún no ha sido esclarecido científicamente. El hecho es que mediante el ensueño o la inspiración percibimos, intuimos las esencias del futuro en estado de éxtasis; y el éxtasis como tal es un estado de extrañeza, porque el sujeto se coloca como fuera

de sí, más allá de su realidad biológica, fuera de su inclusión histórica, de tal modo que se eliminan casi del todo los recuerdos, las imágenes, y, sobre todo, las síntesis intuitivas que en ellos se apoyan. Tan sólo queda un vago perfume, un suave resplandor crepuscular, una vaga añoranza, que es un vacío dejado por el éxtasis pasado sin que nos sea dado precisarlo en modo alguno. Pero esto basta para que se dé luego un ligero reconocimiento en la vida real de cosas y de hechos que nos van sucediendo, porque se identifican en el mismo sujeto los estados de plenitud y de culminación espiritual.

¿De dónde nos vienen estas ráfagas proféticas?, ¿qué es lo que nos saca de nuestro estado habitual de vigilia y nos mantiene anhelantes y azorados por breves instantes? ¿Será ello obra de un poder extraño, divino, o reside éste más bien en el centro de nuestro ser, como una especie de eco o de reflejo recóndito de Dios impreso a nuestra naturaleza en el momento mismo de nuestra creación? Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que no es lícito dudar de estas verdades por considerar, como Sancho, que todo es obra de la locura y del engaño, puro desvarío o recreación simbólica de lo ya visto, leído o creído, como le aconteció a Don Quijote en la maravillosa visión de la Cueva de Montesinos. Cuadran bien aquí las palabras del caballero a su escudero: “como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles”. Desde luego, nos parece imposible que Don Quijote viese y oyese aquellas maravillas subterráneas, —aun cuando él insistía en que lo que ha acontecido lo vió por sus propios ojos y lo tocó con sus propias manos—, cuanto más que Cide Hamete Benengeli dice que Don Quijote “al tiempo de su fin y muerte dicen que se retractó della, y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias”; pero, ¿quién puede dudar de que en nuestra vida, no sólo prevemos con una inteligente visión hechos o fenómenos que han de ocurrir luego en la naturaleza, como ocurre con la predicción astronó-

mica de los eclipses, fases y reapariciones de cuerpos celestes y con la de las mareas, tempestades y terremotos, sino, lo que es más de admirar, presentimos sucesos de índole personal, como desgracias y alegrías de seres queridos, así como acontecimientos de nuestra propia vida que luego se confirman en forma irrecusable? Sí, no cabe duda, en nosotros reside esa facultad de presentirnos a nosotros mismos, sólo que para auscultarnos, para establecer contacto con nuestro destino, hace falta reposo, quietud, recogimiento interior, descenso hacia nuestra Cueva de Montesinos, hacia el fondo abismal del alma, como decían los grandes místicos castellanos. Allí está el lugar de las revelaciones, el medio en que se manifiesta el más allá de nuestro ser, las mutaciones de este Guadiana que no siempre corre a flor de tierra, por serle más propio el discurrir en la penumbra interior, refrescando los verdes prados del porvenir; pero esto requiere experiencia, experiencia interior, porque de lo contrario... nos “*parece imposible*”.

GLOSA XXV

EL TIEMPO EN EL QUIJOTE

REFIERE el capítulo veintiocho que cuando Sancho resuelve cobrar el tiempo servido a su amo, éste le dice que no anduvo en todo el discurso de sus salidas sino dos meses apenas, en tanto que su escudero pretende que hace ya veinte años le prometió la ínsula; y a decir verdad, a nosotros nos parece que ni el uno ni el otro llevan bien las cuentas de sus andanzas, de sus idas y venidas, pero tampoco queremos establecerlas, pues francamente, aun cuando nos parece que el detenernos a esta altura de la segunda parte ha corrido ya mucha agua bajo el puente, sin embargo no sabríamos decir cuánta ha pasado en días, meses o años. ¿Cuál será la causa de que esta grande y señalada historia, escrita por mano de un tan diligente cronista nos deje esta sensación de inseguridad en orden a uno de los elementos tan esenciales a la verdad como es la cronología?

La historia se inicia con una sola frase accidental, imprecisa, que no dice mayor cosa: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, NO HA MUCHO TIEMPO que vivía un hidalgo de los de lanza en hastillero..." Luego la historia se desenvuelve en aventuras, sucesos, hechos "dignos todos de felice recordación", que van transcurriendo en jornadas separadas por largas noches de espera en las cuales permanece siempre inquieto y vigilante el corazón y el brazo del valeroso caballero, y siempre quieto y dormido el bueno de su escudero, harto conocido por su pereza y glotonería. No aparecen otras indicaciones temporales, como fechas de meses o años que sirven de hitos o jalones al cronista para constatar el

desarrollo de estas vidas, el ritmo de sus hechos, la continuidad o unidad de su vivir. Sólo de tarde en tarde encontramos alguna referencia a los sucesos notables del siglo, al nombre de los reyes, de los autores y obras famosas, a los usos y costumbres de la época, cosas, que unidas a la circunstancia dentro de la cual se mueven los personajes, permiten al lector ubicar la acción de la obra. La única vez que escribe Don Quijote una carta a su "Soberana y alta señora" no menciona fecha ni lugar; sólo en la "cédula de los tres pollinos", a favor de Sancho, escribe: "Fecha en las entrañas de la Sierra Morena, a veinte y dos de agosto deste presente año".

De lo dicho se desprende que no se siente expresamente el paso del tiempo en el Quijote; aquí lo esencial es la acción, pero, sobre todo, la acción quijotesca; vivir es para el Manchego, revivir la época y las obras de la ya muerta caballería, por lo que este estilo de vida es un vivir anacrónico de una época ya fenecida, si es que alguna vez hubo caballeros al estilo de los que esta fábula imita. En rigor, Don Quijote no vive del pasado, ni en el pasado, sino dentro del mundo de la fábula caballeresca, que es un mundo de artificio donde todo sucede en forma desusada y maravillosa, fuera de los caminos trillados de la realidad temporal. Se trata de un vivir ideal, o siquiera, fantástico, donde todo se realiza según los cánones caballerescos, según los ideales de la clásica caballería.

Recordemos de nuevo la aventura de la Cueva de Montesinos en la que estaban encantados por arte del sabio Merlin, Montesinos, Durandarte, Belerma, Guadiana, Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas. Durante siglos nadie había jamás penetrado en esta sima donde parece que el tiempo se había enfriado y como petrificado en las frescas estancias de aquel transparente alcázar de cristal. La inmutabilidad del lastimado Durandarte que desde su féretro, a pesar de estar muerto, "se queja y suspira de cuando en cuando, como si estuviese vivo", parece la imagen simbólica de toda aquella máquina de fantasías y quimeras que anidaban en la mente de nuestro héroe, porque, como

él, se quejan y suspiran fuera del tiempo, como meros fantasmas, y sólo en virtud del mágico poder de la locura, vuelven a cobrar forma y color de vida en la persona anacrónica del hidalgo manchego. La mejor prueba de esta como paralización del tiempo en la aventura que comentamos la da Don Quijote al decir a Sancho que "allá me anocheció y amaneció, y tornó a anohecer y a amanecer tres veces; de modo que, a mi cuenta tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas a la vista nuestra", cuando apenas si se había entretenido una hora, según el criterio realista de Sancho.

Estas características que acabamos de subrayar nos colocan ante una disyuntiva trascendental sobre si hemos de ver en la persona de Don Quijote al hombre por encima del mentecato o a éste sobre el hombre. En el primer caso, tendríamos que constatar la historicidad del personaje mirándolo a la luz de su perspectiva interior, a fin de decidir sobre su individualidad humana; porque del mero hecho de vivir, así, sin más, no se sigue la historicidad del ente humano; menester es que concurran en él ciertas calidades específicas para incorporarlo a la categoría auténtica de hombre. Así, por ejemplo, un individuo que sobrepone a su vida biológica una vida irreal, fantástica, dentro de la cual va realizando su existencia, apoyándose en ella gracias a su credulidad o a su locura, aun cuando buena parte de su vivir humano forzosamente esté incluso en la realidad temporal y espacial, es una vida que ha roto la unidad del todo, y, por consiguiente, la inteligibilidad de su esencia, el significado de su trayectoria y su justificación total. Se trata, de una vida vacía de contenido peculiar, concreto, real, precisamente porque en su mejor parte ella transcurre al margen del tiempo, en el ámbito ideal, quimérico, sin la conjugación existencial de las tres vertientes de lo temporal. Precisamente por esto es que no interesa a los fines de la obra cervantina la biografía de la persona concreta, histórica, de Alonso Quijano el Bueno, y sí el ser esquematizado de Don Quijote, dentro del cual no cabe ahondar otra dimensión que la caba'lresca, pues

más allá de ella o antes de ella no aparece nada significativo que permita descubrir zonas palpitantes de su auténtica vida humana.

Otro rasgo fundamental de este personaje que le incapacita para actualizar con plenitud su ser personal es su falta de libertad. Don Quijote tiene aherrojadas su mente y su voluntad por obra y gracia de las invenciones de los libros de caballería y no puede inventar nada nuevo, ni siquiera dentro del ámbito fantástico en que vive y actúa. Cada vez que le ocurre tropezar con una nueva aventura necesita echar mano de los libros, siquiera en su memoria, a fin de llevarla a cabo imitando del modo más fiel posible el trasunto o modelo leído, no permitiéndose alterarlo ni en un punto para poder realizar mejor la resurrección de la andante caballería; en el caso de que la aventura resulte infortunada, tampoco inventa ni crea nada nuevo, atribuyéndolo todo a la envidia de los enemigos, como se lee que lo hacían en tales casos los Amadises, Palmerines, Alejandro, Bernardos y Belianises. En rigor, Don Quijote tiene un ser determinado de antemano, de una vez para siempre, de tal modo que se pueden preveer todas las variaciones de su conducta futura desde cualquier momento de su pasado; si se quiere, se puede formular la ley de su vida, con la misma precisión con que se formula una ley natural, y esta es la ley de su locura, de su monoideismo melancólico. Por consiguiente, no es posible determinar propiamente la persona de Don Quijote, como unidad psíquica creadora y ordenadora de todo ese torrente de hechos, de aventuras, de ideas, de rasgos heroicos que constituyen el material de la inmortal novela. Por esto mismo es que no se puede concebir esta obra como una biografía poética, pues resulta imposible interpretar una vida sin una trayectoria total y sin un sujeto creador, dotado de libertad. En resumen, Don Quijote es un ser esquematizado, idealizado, un caballero visto bajo el ángulo de lo eterno, de lo estático, en el cual se resume todo un mundo de ideas, de paradigmas o modelos prefabricados al correr de los siglos; y la historia de sus hechos,

“la grande y verdadera historia”, no es otra cosa que la historia de las locuras, sublimes, eso sí, del que en vida se llamó Alonso Quijano el Bueno. No hay, pues, verdadera evolución humana en nuestro héroe, hay sólo con-sunción y muerte de lo humano, obliteración patológica en quien tan sólo para morir recobra el juicio y con él la conciencia de su verdadera personalidad, tal como era en el punto y hora en que las intrincadas razones del famoso Feliciano de Silva le hicieron perder el juicio.



GLOSA XXVI

DISCURSO APOCRIFO

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor arábigo, que en cierto rugoso pergamino hallado por él en una cueva de ladrones, encontró una variante sobre la conversación que tuvo lugar en casa de los duques el primer día de la recepción de nuestros héroes, y se refiere al discurso que pronunció Don Quijote, con motivo de ciertas observaciones de la duquesa a propósito de gracias y donaires escuderiles. Sin embargo, este mismo historiador asienta que tal discurso debe dejarse por apócrifo, aun cuando en él se cite el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra, autor, según lo establecen muchas autoridades, del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, obra en que se contiene lo mejor y más veraz de la vida del Caballero de la Triste Figura. “Con todo, lo he trasladado aquí por considerar que quizá algunos lectores gusten dél, sea por pasatiempo o por curiosidad.

Dice, pues, el susodicho pergamino, que temeroso Don Quijote de que su escudero se despeñase de nuevo en el abismo de su simpleza, tal como ya lo había hecho con el cuento de los asientos, aprovechó la oportunidad cuando la duquesa se dirigió a él diciéndole: —“La gracia y discreción de Sancho, señor Don Quijote, valen por todo el oro del mundo, que la gracia, cuando es de buena ley, resplandece a par del oro, cuanto más si se da en seres humildes—”. —Así es, dijo Don Quijote. La gracia de Dios parece que mana una y la misma, no sólo para auxiliar las almas elevándolas sobre su propia flaqueza a las alturas donde se da la vida divina, sino para alimentar todos los seres con leche de plenitud, de esa que opera el mila-

gro de la vida haciendo de las puras cosas, cosas puras, albas, con frescura de aurora y resplandores de inocencia.

La gracia es cierta nota que aparece en lo pequeño y en lo grande, despertando en nosotros un sentimiento de simpatía que suele rematar en cariño alegre y plácido. De este modo somos llevados, como por un hilo invisible, de una cosa en otra, sin trabajo ni cansancio, discurriendo en alas de la bondad de lo creado a través del mundo de lo gracioso, con la espontaneidad y soltura más perfectas. Es así como, partiendo de la gracia natural pasamos imperceptiblemente a la gracia sobrenatural, en el supuesto de que ambas provienen de Dios. Porque si no, decidme, ¿en qué consiste esa que los teólogos llaman gracia santificante, sino en ser algo gratuito que hermosea los espíritus orlándolos con halos celestiales, por la que vienen a ser santos, ya en esta vida, partícipes de la beatitud divina, que es como decir, partícipes de la eterna sonrisa del Padre, de la inefable inocencia del Altísimo?

Sonrisa e inocencia van de la mano tratándose de cosas puras; donde hay inocencia hay sonrisa, donde hay sonrisa hay inocencia. Dios es el Ser eternamente sonriente porque es la Inocencia absoluta; de aquí que cuando hablamos del Dios-Niño nos referimos a la encarnación de esa inocencia sonriente, o, mejor, al advenimiento de la gracia de Dios. Precisamente el evangelio de la gracia se inicia en el *dejad que los niños se acerquen a mí*; y es que el niño viene a ser la imagen más acabada de Dios por representar la obra pura de sus manos, en él vemos cuanto es posible alcanzar de aquella sonrisa e inocencia divinas. Tal es la razón de que el Verbo de Dios no halló nada más adecuado para manifestar su gracia que las morbi-deces, el oro y la sonrisa de los niños. Pero esta gracia, este encanto inefable de los niños debe conservarse hasta el fin, según lo manifiestan aquellas divinas palabras: "En verdad os digo que si no os hiciésteis como uno de estos pequeños no entraréis en el Reino de los cielos". Ved aquí en admirable síntesis expuesta la más alta revelación. Y es que el evangelio de la niñez resume toda

la doctrina de la buena nueva, porque al pedir que permanezcamos *cuasi modo geniti infantes*, deseando ante todo el albo alimento de la verdad, nos está diciendo muy claramente que la salvación se obsequia a aquellos que quieran vivir graciosamente, inocentemente. Y todo esto es don de Dios, puesto que sólo él puede otorgarnos esta sublime inocencia de la santidad, esta beatífica sonrisa que hace reverberar la faz de los escogidos.

La sonrisa del mundo está en su inocencia, en la pureza con que se manifiesta a nuestros ojos. Todas las cosas hasta el día se mantienen en aquel orden o armonía con que salieron de las manos del Creador. Los cielos resplandecen y lucen sus galas con la misma novedad del primer día; cada estrella sigue su curso por la inmensidad azul con la gracia y donosura con que un niño juega por entre las verduras floridas de los campos; cada astro sonríe en la noche etérea del espacio como si fuese un ángel inundado del gozo inefable de la presencia de Dios. Y acá en la tierra, en esta hermosa mansión que fué dada al hombre para señorearla, cuánta y cuán varia es la gracia que tienen todas las cosas; lo mismo cabe admirarla en lo pequeño que en lo grande, en la suelta y desembarazada corriente de ríos y mares, que en la verde y fecunda tierra; por doquiera aparece la gracia bañando, alentando y rejuveneciendo todas las cosas con su soplo divino; por eso el mundo nos ofrece a todas horas un espectáculo de renovada frescura, de variedad inagotable, de fecundidad infinita; todas las cosas parece que renacen en sí mismas, se iluminan con nuevas luces y desfilan ante nosotros entonando un cántico, un himno siempre nuevo y siempre hermoso. No en vano creyeron los griegos que Las Gracias presidían la vida toda del hombre desde la cuna hasta el sepulcro. Esta es la razón de que en el arte la virtud suma sea también la gracia, la vida transfigurada en imponderables toques que consuman la vida artística dotándola de ese aire excelso que la acerca al ideal puro que fluye de la mente del artista. Y viniendo al mundo de las letras, la gracia campea por todas partes realzando, em-

belleciendo y vivicando el brioso decir de poetas y escritores. El verbo, encarnación del espíritu, refleja en toda su verdad y belleza el esplendor de lo creado y de lo eterno, por lo que necesita revestirse con los ropajes celestiales, con las galas inmarcesibles con que se vistió el Hijo de Dios y con las que el Creador vistió a los lirios del campo y a las aves del cielo. Este ropaje es la gracia, último dón del escritor consumado, que corre pareja con la naturalidad en el decir, con la propiedad y armonía de las palabras. Digamos para terminar, que donde hay gracia ahí está Dios, sea ésta de un orden natural o sobrenatural: toda plenitud de ser, toda luz de verdad, toda perfección, toda belleza, se nos da envuelta en gracia y por ella llega a nuestras almas. Por esto estoy por decir que cuando ya me vayan faltando las fuerzas para mantener en alto la espada habré de mudar todas mis armas por el sayal del fraile para irme por esos mundos predicando el evangelio del amor y de la gracia, que tanto vale inundar las almas con el amor y la gracia de Dios, que reparar injusticias y enderezar tuertos, cuanto más, que al cabo mejor se ve el santo en el cielo y la gracia en el fondo de las almas que no al caballero desgraciado y olvidado, sin trono, halo, ni gloria, como ha ocurrido a tantos merced a las diabólicas artes de sus enemigos; pero, por ahora, haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

GLOSA XXVII

DEL MANDO

MUCHOS razonamientos cabría hacer a propósito del mando, que es cosa de suma trascendencia y cuidado. Así parecen haberlo entendido todos aquellos que en los pasados siglos dedicaron lo mejor de sus luces a darlas a quienes el destino había elegido para gobernar y regir los pueblos. Desde aquel Platón de la antigüedad que compuso su famosa "República" con el fin, según lo creen muchos, de formar reyes filósofos, cosa harto difícil si no imposible, hasta los modernos, entre los cuales podríamos traer aquí los nombres de Quevedo, autor de "La Política de Dios", lo mismo que el de Saavedra Fajardo, cuyo es el libro de "Las Empresas", el de Rivadeneira, que compuso su "Tratado de la Religión y Virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano", y otros más, escritos, ya en latín, ya en francés, ya en otros diversos idiomas, en los cuales dan consejos muy sabios sus autores sobre cómo se han de gobernar los reinos, atender las necesidades de la nación, administrar la hacienda pública, librar la guerra e ilustrar con el brillo y esplendor de las artes y de las letras el buen nombre de la república. Y es que el arte de gobernar es un verdadero arte, para el cual hay que prepararse, y aún nacer, que muchas veces no basta el adiestramiento y las buenas letras, la policía y el derecho, si previamente no concurren en los que mandan ciertas disposiciones felices que sólo puede darnos la misma mano del que nos hizo, que le plugo dotar a cada uno de aquellos talentos y gracias necesarios para acudir a este concierto universal del mundo, con la nota y la voz insustituible que perfeccione el poema de la creación, con el

toque, el matiz y la luz de nuestra peculiar naturaleza. Con todo, podríamos decir aquí algunas cosas sobre esta cuestión basándonos en la experiencia de los años y en la consideración de la naturaleza humana, que hoy como ayer permanece una y la misma. El mando, si ha de serlo de veras, supone una serie de cosas que ya va siendo útil recordar, porque al parecer se están olvidando o se olvidan con harta frecuencia.

En primer lugar el mando reclama el orden, la sabiduría, que gran parte de los pecados del mal gobernante suelen provenir de pura ignorancia. Pero adviértase que no hablamos de ese saber que en el día se busca como único medio de obtener la solución de los graves problemas del mundo, vale decir, las ciencias materiales, las técnicas modernas; más que eso, o por encima de eso hay otra ciencia, otro saber del cual pende la verdad en su máximo grado como pende del sol la luz del mundo, y esta verdad, esta ciencia, esta sabiduría es la que debe conocer el buen gobernante para penetrar más profundamente el plan, el designio divino, en aquella parte del mundo y de la humanidad que se ha confiado a sus manos. Este orden supone además un querer, mediante el cual pueda llevarse a cabo y mantenerse hasta el día sin mengua ni envejecimiento; porque no cabe duda que tratándose de sociedades humanas, el orden y la sabiduría, deben ir acompañadas de poder, puesto que sin él aquél se corrompe, se debilita y muere, como tantas veces ha ocurrido en el devenir de las edades a aquellos pueblos que alcanzaron cimas muy altas de progreso, y, sin embargo, fueron sucumbiendo uno a uno, tan pronto como su voluntad de poder se envileció, degenerando en verdaderos rebaños de esclavos, sometidos por la espada y el vigor de otros pueblos más jóvenes.

La sabiduría y la virtud son, pues, las piedras, los quicios del buen gobernante. Allí donde uno de estos falta, se afloja y corrompe el buen gobierno, y donde ambos permanecen, reina la prosperidad espiritual y material de los gobernados. Por donde se ve que no es propia ni pri-

mariamente la forma de gobierno, las leyes o constituciones lo que establece y asegura la república, sino más bien los principios, las bases últimas sobre que están asentadas aquéllas. Gobernar es, ante todo, regirse por estos principios, actuar, hacer imperar el orden entre los hombres, sin desviarse de él ni por ignorancia, ni por debilidad. De aquí se sigue también que cuando las constituciones violan estos principios permanentes y universales, actúan de tal modo que en lugar de corroborar el bien común lo debilitan, actuando sobre la república a manera de sustancias corrosivas que minan y desintegran cuanto tocan. No otra es la causa de que en los regímenes democráticos haya tanto desorden y corrupción, pues confiándolo todo al solo poder de las leyes, éstas han actuado sobre el cuerpo político destilando su propio veneno hasta producir en muchos casos la intoxicación total.

El estado actual de las cosas nos dice que debemos remontarnos aguas arriba de esta marejada legal o democrática, para ver si de nuevo descubrimos aquellos principios polares, base y fundamento del orden divino universal, en los cuales radica la verdadera sabiduría y el acierto y la eficacia de las normas jurídicas. "Primera-mente ¡oh hijo! has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada"; el olvido de esta verdad tan bellamente formulada por el catón cervantino, Don Quijote de la Mancha, es lo que ha traído esa decadencia del sentido del mando, ese desprestigio del principio de autoridad, que día con día va enseñoreándose de todo y de todos, de grandes y de chicos, de imperios y de naciones, como que en ello va el triunfo de las potencias del mal, enemigas de Dios y de su santa obra, que es la creación del orden, de la armonía y de la paz universal.

Pero hay más, que la simiente del desorden germina en el corazón del hombre, donde radica el principio de la libertad creadora. Ciertamente, no hay mando sin virtud, pero la virtud es un poder hacerse mejor y un mejorar de hecho en cada instante. No se nos ha concedido

libertad para obrar el mal, sino al contrario, para practicar el bien, para realizar en nosotros ese orden divino que campea y resplandece en el universo entero del cual formamos parte. La virtud de ser hombres, y verdaderos hombres, es la primera y la suprema virtud y la suprema libertad; sólo ella nos capacita para salir de nosotros a predicar y a realizar la verdad, la justicia y el bien, que nadie puede poner orden en casa del vecino si no es capaz de disponer y alhajar previamente la suya, cuanto más, que en tratándose de gobernar se ha de arreglar y ordenar la casa de todos y los haberes llamados públicos para que siempre estén al servicio de la comunidad. Precioso dón este de poder mandar, de poder realizar el bien y la felicidad en los que nos rodean, pero más bello es sin duda cuando llega como un desbordamiento, como una comunicación o efusión del ser interior, ya enriquecido con los sazonados dones de la virtud. Y así como es bello ver en el trono de los imperios, de los reinos y de las repúblicas a los varones probos y justos, así es repugnante y bajo el espectáculo de la corrupción coronada y enaltecida, presidiendo el coro de las bacantes en el santuario mismo de la justicia.

El mando fué confiado en los antiguos tiempos a los ancianos, en cuyas divinas guedejas anidaban las gracias, en cuyos ojos se escondía la sabiduría y en cuyas blancas estolas resplandecía la virtud. Hoy, en cambio, señalan sus sendas a los pueblos los políticos, nueva casta de sofistas o embaucadores, que sobre no saber de dónde vienen ni a dónde van, ignoran que el mando presupone la hombría, la libertad, la armonía, la paz interior, las virtudes todas que forjan al hombre en la fragua del autodomínio, en la lucha contra las pasiones, y, sobre todo, contra la pasión del mando, que es un desmandarse más allá del bien común, en provecho del egoísmo insano, de la brutalidad y del odio. Se impone, pues, un retorno de los hombres hacia el hombre, hacia el señorío, hacia la autenticidad, en una palabra, hacia la virtud, única maestra que enseña el tan difícil arte de gobernarse a sí mis-

mo y de mandar a los demás. Podríamos decir que todo el porvenir de las naciones radica en este cambio espiritual en torno al concepto del mando y del poder, ya que tal cambio supone una reeducación completa del hombre, de acuerdo con una reforma juiciosa en la que de nuevo se impongan los valores morales sobre los útiles, lo espiritual sobre lo material, y, sobre todo, el fin mismo de la vida humana. Pues todo el poder y la voluntad humana no es nada si no recibe un impulso de orden superior, mediante el cual se realice el milagro de hacer prevalecer, sobre las pasiones y los instintos, los ideales puros y las normas cristianas de la vida. Alojados así en un mundo donde imperen los valores superiores, el mando recobra por sí mismo su sentido y renace por doquier la obediencia, y con ella, la colaboración en la magna obra de instaurar el bien, la justicia y la paz en este mundo, fin último de toda empresa humana y de toda actividad política, en cuanto busca el bien de la comunidad y del hombre.

DE LA INSTABILIDAD DE LA VIDA PRESENTE

JODA la vida es un desengaño o un desengañarse de lo que el día anterior trajo y un vano esperar lo que vendrá, que nunca viene, o si viene, bien presto el mañana marchita sus galas al calor de los soles del hoy, que tuesta la tez más bella, la mejilla más fresca y sonrosada. Pero el mal no está precisamente en esta inestabilidad de las cosas, que al cabo cumplen de algún modo con lo que son, sin ser de veras, sino que a sabiendas de esa falsedad hay quienes damos en olvidar hoy lo que ayer sabíamos para encontrarnos mañana con el desengaño. No cabe duda que una de las peores cosas que en este miserable mundo puedan sucedernos es no dar crédito a la verdad, a la realidad, a lo que atestigua la experiencia y proclama la cordura. Y este testimonio a voces que nos dan las cosas, asegura ser muy cierto que todo cuanto acaba y perece, humo y paja es, que por su misma inconsistencia no puede sustentar nuestros deseos, nuestros anhelos de plenitud, nuestra pretensión de eternidad. Con todo, es lo cierto que el engaño se da, que uno tras otro vamos cayendo en él, sin que sean parte a convencernos, ni el desengaño, ni el vacío hondo que éste deja, ni la razón, ni el ejemplo de los que suelen acabar en la desventura más dolorosa y lamentable. Vale la pena detenerse a meditar en esta condición del hombre que le trae y le lleva sin lograr en ningún momento la estabilidad, la quietud que tanto ansía, ni en sí mismo ni en las cosas. Es que la vida, ya desde su origen viene alentada por un impulso que no le permite detenerse a degustar lo que le sale

al paso, siendo ella misma en su raíz un como furor de movimiento, de inestabilidad; mezcla de futuro, de deseo, de presente, de gozo, de placer; así ella nos lanza a la aventura de la conquista, dotándonos de fuerza, de energía para el asalto, para el impulso y la adquisición, al mismo tiempo que nos capacita para el goce, para el disfrute de lo deseado; pero a condición de que éste no la detenga, de que nada se oponga a su marcha, de que ella siga adelante, cada vez más adelante en busca de su bien, de su plenitud, no en el cual habrá de realizarse la vida como pura vida, sin menoscabo del placer, del gozo, que será el puro gozo de la vida y la pura vida del gozo. De tal modo, pues, que el vivir es un desvivirse por vivir, un ir muriendo a lo que forzosamente, queramos que no, se queda en el camino, para poder continuar la marcha hacia el mañana, hacia el futuro, donde a su vez hemos de morir en parte a lo que amamos, que el amor es "muerte que da vida" y vida perdurable; y así, sin cesar, de este ir viviendo y de este estar muriendo, se nutre el fondo abismal del alma, y mediante este juego de contrarios, mediante estos asaltos y retiradas, se va conquistando la victoria y se va purificando lentamente la vida y como destilando sus impurezas, hasta que al cabo viene a quedar tal que no la aventajan en resplandor ni los más bellos diamantes, ni la lumbre excelsa de mil soles, porque se habrá operado el milagro supremo de su divinización: ya no será vida mutable, cambiante, ser y no ser, angustia y deseo, sino que será vida perdurable, vida de verdad, o simplemente, vida.

Sin embargo, en este vivir temporal no todo es caduco y vano, como aquella insula de ensueño donde Sancho vió desvanecerse sus locuras y fantasías al calor de las desgracias, de los ayunos y molimientos; hay algo que con estar en la vida no es la vida misma y no pasa con ella, ni se desvanece como el heno de las eras, sino que más bien se acrecienta por horas y días con la vida misma, y este algo es el hombre, la persona que vive, que sufre y goza, que nace y muere, o que se muere porque no vive

en esa angustia sublime que define su existencia terrenal. De tal modo, pues, que el hombre es lo que hay de verdaderamente real, de permanente en el universo; todo lo demás, por venir atado al carro de la vida, es transeúnte, pasajero y deleznable; sólo el hombre es realmente, soberanamente, inmutable; pero no a pesar de la vida, sino a expensas de la vida, siendo y haciéndose en ella un ser cabal, peculiar, único, intransferible, capaz de ser por sí mismo, en esa mismidad inefable, presente e intranseúnte que le da su naturaleza espiritual. Ser hombre es algo más que vivir, que existir; porque en el mero existir se da la vida sin más, la vida anónima, impersonal; en cambio, el hombre hace de la vida, su vida, lo más suyo, lo más personal, añadiéndole un como soporte constante a manera de centro de referencia mediante el cual se va llenando de contenido, se va haciendo personal y consciente; a tal punto que su misma inestabilidad deja de serlo gracias al principio de inmanencia que la va compenetrando por grados sucesivos hasta alcanzar las capas últimas de nuestro ser personal donde finalmente se identifica con lo mejor y más auténtico del sujeto humano.

Es, pues, todo lo espiritual lo único que no pasa y muere, lo único que subsiste en esta retorta universal donde se hacen polvo y nada los imperios, los reinos, los monumentos colosales, los astros y los mundos todos; sólo el espíritu permanece ajeno a estas peripecias del destino porque en él radica algo, que si no es Dios, es muy semejante a Él; algo divino que en cuanto a naturaleza está muy por encima de todo lo creado y a lo cual debe subordinarse todo lo perecedero, corruptible y mudable. El toque está en saber discernir en cada instante lo divino, lo espiritual y permanente de todo lo demás, concediéndole la preeminencia e importancia que le corresponde en orden a sí mismo y a nuestra salvación personal, vale decir, a nuestro destino de hombres. La obra de nuestra salvación es obra de preservación del ser, de la persona, sobre la vida, contra la vida y por la vida. Y la vida humana radica en ese existir personal, consciente, deliberado y libre

mediante el cual vamos escapando a duras penas de lo perecedero en gracia de lo imperecedero, haciendo consistir en ello toda nuestra justificación y el acierto en el feliz cumplimiento de nuestro destino. Por esta razón no tenemos más remedio que desengañarnos presto del engaño o encantamiento en que quizá algunos genios malignos pretenden sumirnos deseosos de arruinar nuestra eterna felicidad por pura envidia de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser. Debemos reconocer que por doquiera corremos graves riesgos, y el peor de todos, el de perder nuestro ser hecho a imagen y semejanza de Dios; y que el breve plazo de nuestra existencia nos obliga a realizar con prontitud nuestra obra, que es precisamente, nuestro propio ser personal, según el modelo divino esculpido en el fondo del alma. En suma, el hombre puede y debe vivir muriendo, (en cuanto conquista su ser personal desde su propia vida), a todo lo que la vida eleva y promueve, pero resucitando de esta muerte presente a la verdadera vida del espíritu. Porque "pensar, como sabiamente dice Cide Hamete, filósofo mahometano, que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: la primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera, y así torna a andar el tiempo con esta rueda continua; sólo la vida humana corre a su fin ligera más que el viento, sin esperar renovarse si no en la otra, que no tiene términos que la limiten".

GLOSA XXIX

DE HONOR

EL honor y la virtud no se desprecian, antes se escudan el uno en la otra, siendo la virtud guarda y muralla de la honra en cuanto que sólo ella puede ennoblecer y hermosear el alma con el oro purísimo de su luz; a la vez que no hay virtud, ni gloria, ni vida, sin honra, porque decir honra es decirlo todo como en cifra y compendio. Por eso clama Don Quijote al caballero de la Blanca Luna: —“Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra—”. De aquí que todo hombre esté obligado por derecho natural a guardar su honra con obras virtuosas y hazañosas, ya que en ello le va la vida. Pero no es esto todo, pues el honor que no proviene de amor no es honor, y este amor ha de serlo de cosa pura y levantada, lo contrario sería servilismo, abyección. “Dulcinea, dice el vencido caballero, es la más hermosa mujer del mundo”; en esto está su ideal amoroso y la justificación de su buen nombre, porque el amor cuando lo es de veras, es siempre de cosa buena y hermosa; y así como nacen de una misma fuente muchos y caudalosos ríos, así del amor salen muchos afectos y pasiones, y, entre ellas, la pasión por el honor, que es como decir, la pasión por la virtud, de cuya práctica se sigue, según lo dejamos ya declarado, la buena fama y la estima y valor de la persona en quien resplandecen las nobles acciones. Síguese de lo dicho, que el honor debe fundarse en el amor y éste en el bien mismo, y que vivir sin este fundamento es vivir

sin honor verdadero, por donde venimos a saber que la mayor preocupación de la vida debe consistir en ejercitarnos en la práctica del bien y en el cultivo de todo género de virtud.

Leemos en el viejo Testamento que uno de los mayores pecados cometidos por los hijos de Israel fué el de la idolatría, el de no rendir el culto y el honor debidos al verdadero Dios; en lo que se declara que el mismo Dios es celoso de su honor, porque es parte de su gloria el ser reconocido y acatado como rey y soberano Señor. También el hombre, en cuanto es rey y soberano señor de sí mismo, en cuanto logra el dominio de sus pasiones y alcanza victoria sobre sus instintos, requiere el reconocimiento del prójimo y la gloria de su buen nombre; no porque en ello haga consistir su dignidad, sino porque es obligación de todos reconocer, exaltar y reverenciar la virtud en la persona en quien se halla, como que en ello va el reconocimiento y estima de los ideales, de los valores supremos del espíritu; y este es el sentido profundo que se esconde en el bello refrán castellano que dice: “a todo señor todo honor”.

Pero es el caso que en nuestra vida no siempre reparamos en estas verdades, sino que, no sólo no honramos a quienes corresponde el mérito sino, lo que es aún peor, no vivimos en función del honor, habiendo perdido este su vigencia moral en este mundo de hoy tan tocado de materialismo. Ya no se estila aquel gesto del caballero cervantino que prefiere la muerte antes que el deshonor; nos encontramos ante una verdadera crisis del sentimiento del honor, cosa harto grave si se atiende al trasfondo moral que tras todo esto se esconde y a las repercusiones de toda índole que tal modalidad va produciendo en la conducta individual y social. Hoy ya no se vive con el propósito de acrecentar la buena fama con hechos dignos, con acciones virtuosas, como en los pasados siglos acontecía; tan sólo se aspira a mantener el prestigio por vía indirecta y en forma artificial, recurriendo para ello al exhibicionismo, al despliegue de todos los recursos materiales que

da el dinero, la posición social, el profesionalismo político, el éxito en las empresas comerciales y la propaganda, ese poder mágico que se ejerce taimadamente cada vez en mayor grado sobre la masa ignara, con el deliberado propósito de embaucarla para que tribute honores y levante pedestales a quienes tan sólo merecen el menosprecio y el olvido por la burla que hacen en sus vidas de los ideales morales. Podríamos decir que se ha perdido hasta el gusto, hasta el paladar por la virtud desinteresada y heroica que en otro tiempo conformaba la fisonomía, el torzo espiritual del caballero cristiano. Efectivamente, la verdad de nuestro aserto se evidencia con sólo traer a las mentes el recuerdo de aquellas generaciones que hacían gala de fortaleza y heroísmo, en medio de los más rudos combates del destino; generaciones que forjaron héroes, no ya sólo en los campos de batalla, sino allí donde siempre se encontraron los mayores obstáculos y las más difíciles empresas, en el ámbito de la vida misma que es milicia y batalla, según lo quiere Job. No hay para qué amontonar casos extrayendo de las adustas páginas de la historia los nombres de tantos hombres que pasaron luengos años en este batallar incesante, con el gesto levantado de los que señorean el destino y la adversidad, bañados, eso sí, en la divina luz de la resignación cristiana que forja y amasa héroes entre los seres más humildes, cuando se vive a impulsos de la fe con los ojos puestos en lo alto y el corazón en la victoria final.

Hoy las cosas han cambiado mucho, el ideal de la fe, ardiente y vivo en nuestros abuelos, se ha gastado en las nuevas generaciones que tan sólo sienten el aguijón del dinero y el estímulo creciente del egoísmo brutal; la honradez, aquella prenda de mil quilates que exornó la frente de los hombres de ayer, hoy es objeto de burla y menosprecio; por todas partes impera el vicio, convenciendo con su elocuencia incendiaria a la juventud de que más vale vivir los triunfos del poder, gozar de los bienes materiales, a pasar una vida de miserias honrosamente soportadas; y la mujer que antaño vivió horas dignas de Penélope

y Cornelia, entronizada en el solio augusto del hogar, como reina que imperaba por la virtud y el amor, vedla hoy venida a menos con la consiguiente pérdida de su natural grandeza y dignidad. Es que el sentido heroico de la vida no puede florecer en un ambiente de frivolidad; es que lo grande no tiene clima para afianzar sus raíces y dar sus hermosos frutos en un ambiente empobrecido de ideas morales, ayuno de fe, donde cada cual se entrega al goce fugaz, incapacitado para meter la mano en el torrente que pasa para extraer el grano de oro de lo eterno; es que nuestro corazón sólo puede ser grande y heroico cuando se mira a lo alto y se tiene fe en los destinos del espíritu humano. Se hace, pues, impostergable el advenimiento de una nueva generación que sepa buscar la felicidad por el heroísmo, convencién dose de que ésta no se alcanza por el goce sensual en los palacios de Cleopatra ni en la mesa de Lúculo. Hagámosla ver la belleza, la grandeza y eternidad de esa dicha que se conquista a fuerza de angustia y de agonía por la crucifixión de lo vulgar y transitorio, por la muerte del hombre materializado y endurecido de corazón. Necesitamos impartir, con urgencia perentoria, esta lección de heroísmo sublime a la juventud actual, porque quiérase que no, estamos avocados con los pueblos sacrificados en la última hecatombe guerrera, a la tarea de reconstruir el mundo, y el mundo de hoy, que nace entre auroras de sangre y de dolor, tan sólo puede levantarse de su postración en los brazos divinos del heroísmo, único que soporta el peso agobiador de toda redención, y mediante el culto del honor, prenda y virtud suma del caballero cristiano.

GLOSA XXX

DE VITA BEATA

DON Quijote está ahora de vuelta a su aldea, y de paso por el prado donde topó antes las bizarras pastoras y gallardos pastores que trataban de renovar e imitar la pastoral Arcadia, resuelve con Sancho convertirse en pastor, al menos por el tiempo que dure la reclusión a que forzosamente hubo de reducirle el caballero de la Blanca Luna. —“Yo compraré, dice, algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el PASTOR QUIJOTIZ, y tú EL PASTOR PANCINO, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche; gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos”. Ha escogido el género de vida en el cual la pena de su vencimiento bien puede irse desvaneciendo con el correr de los días y donde habrá de recobrar nuevo impulso para intentar una tercera salida. Porque Don Quijote está en lo cierto. Nada hay mejor para lavar y quitar las penas del corazón como el hermoso espectáculo que nos brinda gratis y a todas horas la naturaleza; sólo ella tiene poder suficiente para dulcificar los rigores de la

mala fortuna con las mieles quintaesenciadas que fluyen de su sonrisa, con los perfumes de sus guedejas y la fresca mirada de sus auroras. El secreto de la dicha, de la felicidad está como escondido entre las frondas nemorosas de los prados, y aun la sabiduría, que los montes crían letrados y las cabañas de los pastores encierran filósofos. Don Quijote va ahora sobrecargado de melancolías, y, quién lo dijera, está a punto de morir; sin embargo, se detiene para mirar de cerca el escenario que Dios compuso con su propia mano para poner en él al hombre; y en presencia de aquel prado se le renueva la vida feliz de los pastores, que olvidados de todo, van viviendo sin premuras, guiados en el fondo de sus almas por la luz natural, y allá arriba, en la inmensidad azul, por los astros radiantes que señalan los días y las noches. Allí quiere vivir, entregado al canto, al amor y al disfrute del puro paisaje, aún no adulterado por la mano del hombre.

Pues bien, es este un deseo que se apodera de todos en una época determinada de nuestra vida, cuando ya los vencimientos han doblegado un tanto el espíritu de lucha y un cierto escepticismo empieza a amargar las aguas antes celestes de la esperanza. Es el retorno a la infancia que se opera allí donde la vida muestra al desnudo su faz hosca, donde las caídas de Rocinante muelen las carnes del alma y nos hacen ver que no está la felicidad entre palacios dorados y quimeras de ensueño, ni siquiera entre guarismos y cálculos de fuerzas, de masas o de intereses; todo esto no es sino dar coces contra el aguijón, empecinamiento propio de seres ignorantes que todavía creen en el encantamiento de Dulcinea y en los escamoteos del viejo Merlin, al tomar el mundo como un campo de batalla donde pretende triunfar el más empeñoso y audaz, haciendo depender todo de las solas fuerzas humanas y del cálculo a que éstas se sometan. Mentira, gran patraña, engaño colosal por el que van perdiendo su humor los espíritus más despreocupados y en el que van cayendo todos aquellos que den en hacerse un mundo a las medidas de sus caprichos. La única verdad está allí,

junto a los ríos y a los prados, inmensa e insobornable a nuestros ruegos y vanidades de hombres cultos y civilizados. En ella y sólo en ella reside la vida feliz, armoniosa y pacífica, pues sólo en ella se mantiene en todo su vigor el orden divino que constituyó el mundo según número, peso y medida, de donde saca todos sus encantos y renueva cada mañana el esplendor magnífico de sus luces, y de donde les viene a todos sus moradores la sencillez y pureza casi infantil de sus vidas, ni envidiadas ni envidiosas, según la pedía para sí el inmortal vate salmantino.

Don Quijote es en esto, como en tantas cosas, el símbolo de una humanidad vencida y enferma que en el ocaso de su vida vuelve también sus ojos tristes y cansados hacia ese mundo del cual ha huido, como el viejo Adán, en busca de los frutos agrios del árbol de la ciencia, sin haber encontrado los tan ansiados portentos que le prometiera la serpiente de su ambición desenfrenada. Se ha dado cuenta de que en la misma medida en que se ha apartado de la naturaleza y de su sencillez, todo se le ha ido haciendo complejo, inseguro, frío y muerto, sin armonía, sin orden, como si el mismo poder diabólico que le prometiera la divinidad, se complaciera ahora en burlarse de él confundiendo los caminos, haciéndole problemático todo cuanto toca, y apagando a su alrededor todo brote de vida fresca y pura, desnaturalizando así, no sólo el horizonte de su mundo en torno, sino, lo que es peor, su propia vida, la fuente interior de los goces más delicados, desviándole hacia un mundo artificioso en el que el hombre se convierte en un autómatas, mero producto de la convivencia social, prefabricado con las mismas fórmulas que se utilizan para la desintegración del átomo o para la elaboración de las sustancias sintéticas.

Sí, Don Quijote representa esta generación de pleno siglo veinte, que después de haber probado fortuna en diversas y arriesgadas aventuras, no siempre caballerescas ni cristianas, después de haber visto cuán inestables son sus conquistas, después de constatar que hoy se encuentra colocada en un mundo afectado de inseguridad y expuesto a

los cambios más violentos y peligrosos, antes de reducirse al desengaño, volviendo por su razón perdida, antes de recobrar el juicio en su lucidez postrera, vuelve los ojos hacia la naturaleza, hacia ese fondo constante e inagotable, imagen y confirmación de los principios eternos e inmutables que ha menospreciado, y quisiera de nuevo reposar en su tierno regazo, como el hijo pródigo en los de su padre, para sentir allí la paz, el sosiego interior, la seguridad y la vida misma en su primitivo sabor. Es, si se quiere, un retorno del hombre a sí mismo, en busca de su propio ser, de su propia y auténtica naturaleza, pues que sólo en presencia de las grandezas sublimes de la creación, de cara al cielo, puede el hombre recogerse, como los pastores en el aprisco, y sorber agua pura en los hontanares del espíritu, con la cual saciar esa sed quemante de felicidad que hoy más que nunca atormenta a la especie humana. Es, finalmente, la nueva visión de la naturaleza, no simplemente bucólica y pastoral, sino ante todo, la visión honda de los pastores de Belén que alcanzaron una noche los resplandores y los cánticos celestiales y las promesas de paz de todos los hombres de buena voluntad.

GLOSA XXXI

MUERTE Y TRANSFIGURACION

LOS preludios de la muerte de Don Quijote se dejan oír desde el momento en que cae vencido debajo de las armas del caballero de la Blanca Luna: —“Seis días estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y malacondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento”. Esta su caída, dice, es caída de su ventura de donde no volverá a levantarse. Ahora sólo le queda dar cumplimiento a su palabra, ya que no puede acreditar su valor con sus obras; por eso canta, allá en medio del campo, a la luz de las estrellas, “como aquel cuyo corazón gemía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea”.

—Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso”.

Cervantes nos dice que, “O ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama”. Por su parte, el médico de cabecera dictamina “que melancolías y desabrimientos le acababan”. Sea lo que fuere, es, pues, el caso que estando para morir, dió a entender con palabras muy bien concertadas que la misericordia de Dios le había devuelto el juicio, volviéndole a su primer estado, y que tan sólo lamentaba no haber tenido más tiempo para hacer algunas buenas obras que le compensasen de sus

locuras. En tales razones y arrepentimientos le llegó su última hora, muriendo sosegada y cristianamente, tal como había vivido cuando fué Alonso Quijano, a quien por sus costumbres dieron el renombre de Bueno.

Tales son las noticias con que se cierra este capítulo final de la vida de nuestro hidalgo manchego, sin otro comentario que el epitafio puesto por Sansón Carrasco; pero ello no obsta para que de nuestra parte agregemos algunas palabras que, con ser nuestras, más bien parecen emerger de la obra cervantina, a manera de enseñanza escondida entre parábolas que tan sólo requiere de ojos que vean y de oídos que oigan.

Porque es el caso que la muerte de cualquier hombre siempre nos lleva a la meditación de verdades muy hondas y muy verdaderas, cuanto más, la muerte de Don Quijote, tan humana, tan noble, tan cristiana. Se nos antoja esta muerte una muerte envidiable por lo que tiene de serenidad, de paz, de sosiego espiritual; una muerte satisfecha de sí misma en que el hombre, puesto a mirar como desde un altosano el mar inmenso de su vivir, parece complacido de la travesía que ha hecho, a pesar de los vientos contrarios, de los mareos y zozobras, pues al cabo llega al puerto deseado donde estará seguro de encontrar comprensión para sus cuitas, y aún, misericordia, que es como decir, salvación definitiva. En cuanto a sus locuras, ha recobrado el buen sentido y palpa las sombras del engaño en que estuvo sumido por algún tiempo, con lo cual vuelve a encontrarse a sí mismo, aún más enriquecido que antes; ahora tiene un nuevo saber de lo que en realidad son los embustes caballerescos, así como un sinnúmero de experiencias llevadas a cabo en sus aventuras que, aunque desatinadas, no por eso dejaron de promover en él aquellos ideales nobles y santos profesados por el caballero cristiano. No hay ese sinsabor, ese desabrimiento del vivir, propio de quienes no han acertado con el sentido de la vida, por cuyo motivo la muerte les toma siempre de sorpresa y como un verdadero mal, ya que no les permite seguir catando nuevas experiencias para decidirse alguna

vez en serio por un fin exclusivo y permanente. Don Quijote sabe que la vida no se hizo para vivirla, pues todo en ella es mudable y perecedero, si no es la vida eterna, la vida del alma a la cual debe ordenarse todo lo de acá abajo, que apenas si tiene valor de cosa muerta, o cuando más, de simple medio para escalar las cumbres inmortales. En suma, la muerte opera en él el verdadero desencanto y liberación a que como hombre, y no como loco, aspiraba sin saberlo en las personas de Dulcinea, Belarmina, Montecosinos, Guadiana y Ruidera; liberación que le permite, según la fe que profesa, encontrarse a sí mismo, ya no en aquella gloria mundana que proclama la fama y la historia, sino en esa otra gloria más alta donde todo, y todos, alcanzan su plenitud, su realización, el logro de sus deseos, de sus esfuerzos, gracias al amor que nos hace partícipes de las perfecciones de la vida divina.

No hay aquí esa angustia que corroe el corazón agonizante del hombre de nuestros días, que ha vuelto a la desesperación pagana, al encontrarse ante una soledad inmensa en medio del universo, con una voz como de hormiga que se pierde en el vacío de su propia nada interior. Porque la muerte, en el sentido moderno, equivale a libertad, no a liberación; viene a ser un mero capricho, una real gana, tomada ante sí y por sí, de dejar de ser en forma definitiva, de aniquilarse, sin miras a un bien real y positivo, a una felicidad permanente; no es esa auténtica liberación que el hombre busca inquieto en cada actitud, en cada instante; porque dentro de cada uno late el deseo de felicidad por sobre el deseo de libertad, en cuanto la libertad se significa como medio para alcanzar el bien querido, el objeto sumo de nuestras aspiraciones y no como un fin en sí mismo. Liberación es sinónimo de felicidad suma, de sumo bien, de gozo pleno y permanente, de eternidad feliz. Decir, pues, que el hombre auténticamente libre no puede serlo sino ante la muerte, por cuanto el hombre es esencialmente ser-para-la-muerte, es hacer consistir la vida en la muerte, el ser en el no ser, el existir en la nada. No puede darse mayor negación del destino,

del fin último de la vida humana; no puede formalizarse mejor la razón de ser de todo paganismo, así como de su interna tragedia. Cuando la vida toda acaba, y acaba definitivamente, cuando la muerte es en verdad muerte, la vida temporal se impone terrible, dominadora, fatal. Es el destino de los antiguos, superior a los mismos dioses, según lo atestigua Herodoto, que todo lo tritura inmisericorde con su peso aplastante, pues nadie ni nada puede alterar ese fondo contradictorio de lo real. Así gesticula en la tragedia clásica el personaje que es cogido entre las opuestas dentelladas de la Moira, y así grita y clama hoy toda una generación de hombres nacidos bajo el signo adverso del nihilismo materialista, cogida, atrapada por el monstruo de la guerra que todo lo devora, sin dejarle al hombre una escapada posible, optando éste, y es la única alternativa que ha encontrado en su desesperación, por el consejo de la sabiduría antigua: "Si no queréis luchar, os es lícito desertar; abierta está la salida". "Sea tu pensamiento único el librarte de la Fortuna con la máxima celeridad".

Don Quijote vuelve por sí en el último momento de su vida para decirnos que todas las fantasías se tornan verdaderas, pero tan sólo para causar nuestro daño; debemos dejarnos de esas burlas, que en tales trances no se ha de burlar el hombre con el alma; con lo cual entiende decir que sólo quien se encuentra en este difícil paso tiene derecho de ver lo que le conviene mejor para su felicidad, y que todas esas filosofías que preconizan el suicidio no dicen nada, porque han perdido, sin proponérselo, la noción misma del morir en su valor natural, que no es precisamente, la de abandonar la vida para encontrarse con la nada. Es indudable que el hombre se pertenece a sí mismo, que cada uno es o debe ser para sí; la vida humana alcanza significación cuando éste para sí cobra conciencia y contenido, pero no se puede concluir de esto que el término de tal modo de ser conduzca a la muerte como tal, pues ello supone una patraña, un engaño cruelísimo en aquel ser que nos hizo y nos puso en el

corazón apetencias de eternidad. Dios no es autor de patrañas, si es Dios; sólo al hombre puede ocurrírsele, en este su libertinaje irresponsable y diabólico, pensar que la nada sostiene de alguna manera la vida, la configura y significa. La hipótesis diabólica que sustenta la vida en la nada reclama la existencia de Dios, en cuanto que sólo El puede operar este milagro continuo de preservar el ser en el ser, estando como en vilo y en peligro constante de perderse, de aniquilarse por una especie de gravitación sobre los poderes negativos del puro no ser. Pero esto es tentar a Dios para que venga en apoyo de nuestros desvaríos, y, lo que es peor aún, pedirle una justificación del suicidio, declarando el anonadamiento como fin último y definitivo del hombre y a la nada como bien supremo universal.

Hoy Don Quijote vuelve para darnos este mensaje de esperanza, llamándonos a la cordura, diciéndonos que en verdad "la muerte no triunfó de su vida con su muerte"; porque el don de la inmortalidad florece sobre las tumbas, cuanto más sobre las buenas obras de los que practicaron la sublime caballería del amor y del ideal cristiano. "Devorada queda la muerte por la victoria, triunfando de todos sus enemigos, así como de todas las fantasías que de cuando en cuando asaltan a la humanidad para tentarla, para distraerla y desesperarla, a fin de que se eche en brazos del anonadamiento y no lleve a cabo la misión que Dios le confió de perfeccionar su obra, sobre todo, en los bajos fondos de la especie, transfigurando el mero ser hombre en el modelo divino, en la pura imagen de Dios. La vida eterna nos espera para devolvernos, ya no la razón perdida en este bajo mundo de apariencias y contradicciones, de odios e injusticias, de limitaciones y miserias, sino el ser pleno, la vida perfecta, en la plenitud infinita de Dios, que es plenitud de verdad, plenitud de bien y plenitud de felicidad.

ORACION FINAL

DHI Dios!, que diste vida y carne al ideal perfecto del caballero cristiano en la persona de Don Quijote, alcánzanos, por tu misericordia infinita, realizar en nosotros el desencanto y liberación de nuestras almas y el triunfo final sobre la muerte mediante la práctica constante de las virtudes heroicas, y, sobre todo, mediante el amor puro y desinteresado. Sea nuestro quijotismo preparación para la muerte, pero, sobre todo, garantía de salvación para nuestra persona, para nuestro ser y para todos los valores espirituales que en él se contienen. Y sea, finalmente, este ideal supremo salvación y transfiguración de toda esta humanidad que hoy vive alejada de Ti y que anhela encontrarte de nuevo para vivir, vivir, vivir...

INDICE

INDICE GENERAL

	Págs.
DEDICATORIA	7
Pre-Glosa	9
Glosa I	
La Locura	14
Glosa II	
Primera Salida	18
Glosa III	
Andrés, Juan Haldudos y Don Quijote.....	21
Glosa IV	
Bienaventurados los que creen.....	23
Glosa V	
El Donoso y gran escrutinio de la Librería Quijotesca	25
Glosa VI	
La Aventura de los Molinos de Viento.....	31
Glosa VII	
Discurso sobre el Siglo de Oro.....	34
Glosa VIII	
Marcela	37
Glosa IX	
La Aventura de los Carneros.....	39
Glosa X	
El Caballero de la Triste Figura.....	42
Glosa XI	
El Yelmo de Mambrino.....	45
Glosa XII	
Desfile de Vidas	48
Glosa XIII	
El Silencio de Sancho.....	52
Glosa XIV	
La Aventura de los Cueros de Vino.....	55
Glosa XV	
Discurso sobre las Armas y las Letras.....	57

INDICE

	<u>Págs.</u>
Glosa XVI	
La Discordia del Campo de Agramante.....	60
Glosa XVII	
Visita del Cura y el Barbero.....	63
Glosa XVIII	
Religión es la Caballería.....	66
Glosa XIX	
"¿Qué dicen de Mí?".....	70
Glosa XX	
De la Melancolía.....	74
Glosa XXI	
La Aventura del Caballero del Bosque.....	78
Glosa XXII	
La Suspensión del Caballero del Verde Gabán.....	82
Glosa XXIII	
El Caballero de los Leones.....	86
Glosa XXIV	
La Cueva de Montesinos.....	90
Glosa XXV	
El Tiempo en el Quijote.....	94
Glosa XXVI	
"Discurso Apócrifo"	99
Glosa XXVII	
Del Mando	103
Glosa XXVIII	
De la Inestabilidad de la Vida Presente.....	108
Glosa XXIX	
Del Honor	112
Glosa XXX	
De Vita Beata	116
Glosa XXXI	
Muerte y Transfiguración.....	120
Oración Final	125

ESTE
LIBRO SE
TERMINO DE
IMPRIMIR EL 24
DE OCTUBRE DE 1953
EN LOS TALLERES DE LA
IMPRESA TORMO, S. A.

5 NOV. 1991

OBRAS PUBLICADAS

POR EL AUTOR:

AL MARGEN DEL MIO CID

PRIMEROS CONTACTOS
CON LA FILOSOFIA

EL GRAN INCOGNITO

GLOSAS DEL QUIJOTE

LISTA PARA EDITAR:

LA FILOSOFIA GRIEGA

Luis Barahona J.